

¿Quién llevará mi carro?

LADISLAO DE ARRIBA



Quien no se expresa correctamente puede hacerse a sí mismo un considerable daño, ser mal interpretado, perder credibilidad (que en el terreno político supone pérdida de refrendo electoral) e irse a hacer puñetas. A quien no acompañe en política la oratoria, quien dialécticamente ande bajo mínimos, poco importa que tenga las ideas muy claras, buenas intenciones y profunda voluntad de servicio a la sociedad, a los suyos. El hombre público ha de saber, ante todo, expresarse.

Los políticos de mayor aceptación siempre han sido los históricamente conocidos como «picos

de oro». En Asturias los hubo en cantidad: desde el «divino» Argüelles hasta Indalecio Prieto, pasando por don Melquíades (perdonen esta debilidad de anteponerle tratamiento). Los hubo en los partidos conservadores, en el Frente Popular, en los sindicatos obreros, en las patronales... Actualmente, no. Son todos un desastre dialéctico.

Fernández Villa no supone ninguna excepción en el panorama que se ve hoy día desde el puente. Hace unas fechas expresó su deseo de continuar en la vida política «tirando del carro».

¿Es que en el SOMA-FIA-UGT no cuentan con un corrector de estilo que llevarse a la boca?

(No a la boca-mina, sino a la boca de decir «esta boca es mía»).

Seguramente que Fernández Villa quiso decir «empujando el carro». ¿Comprenden ustedes el matiz? Es un problema de ubicación. Para tirar del carro es necesario situarse delante de él, entre las varas, lugar destinado por definición a los animales de tiro. Empujar es otra cosa.

Por lo que uno alcanza a comprender, Asturias no necesita quien tire del carro, que es cosa propia de acémilas, sino un auriga. Ni siquiera un carretero.

«Hablas peor que un carretero», dicen las personas finas.

Pues eso.

Quesada



La exposición de San Pelayo

SILVERIO CERRA



Los paneles informativos que salpican las calles de Oviedo nos sorprenden estos días con una imagen insólita. Es un arco románico, envuelto en luz dorada, que avanza desde un fondo oscuro y parece disponerse a saltar más acá del rígido marco de areniscas que encuadran el conjunto. La habilidad del fotógrafo ha logrado conservar la cálida vibración de reflejos que definen esa figura sacándola de una penumbra que se adensa al alejarse y proyectándola hacia un primer plano de grisuras hirientes.

Este cartel, tan diferente de los productos habituales del diseño a la moda, contiene la figura emblemática de una expo-

sición que bajo el título «San Pelayo, mil años de historia» ofrecen al público las monjas de este monasterio con ayuda del Ayuntamiento de Oviedo. Su original iconografía expresa bien el significado de lo que anuncia. Se diría que es una plasmación gráfica del espíritu que alienta en el conjunto de piezas que con motivo del milenio de la venida de las reliquias de San Pelayo a Oviedo se ofrecen a nuestra contemplación.

Esta, en efecto, ha sido la ocasión para que las monjas benedictinas presenten ante su ciudad algo de lo que la comunidad trae de su larga historia. Ahí podemos ver restos arqueológicos del prerrománico y del románico, imágenes barrocas, libros anti-

guos, cálices del rococó y sobre todo documentos en pergamino que reflejan la vida local con sus conflictos, o la atención que los reyes de León y Castilla dedicaron a este cenobio.

La mayoría de los objetos proviene del patrimonio creado en el monasterio, pero también hay recuerdos de conventos desaparecidos, cuyo testimonio es guardado en San Pelayo. Todo lo que allí se presenta es valioso y atractivo. Tampoco faltan piezas excepcionales, como la copia del pacto monástico de Máximo y Fromestano, que viene a ser el acta fundacional de Oviedo.

Es admirable que este monasterio haya logrado conservar (o recuperar) tantas cosas, después

Entre paréntesis

El sistema

LUIS MEANA

Se abrió, tras tres trimestres, el ahorrado mausoleo de los muertos y apareció, como resucitado, el Gran Gatsby de los banqueros, dedicado ahora a administrar el capital, mucho más volátil, del maldito. Tiene D. Mario Conde, como todos los grandes galanes, un fuerte creimiento en la capacidad de seducción de su figura. Aunque se ve que no sabe, todavía, que ese néctar, como cualquier otro veneno, sólo es administrable en gotas. Pero, de momento, este ángel caído disfruta de ese estado dulce en el que basta su presencia para que la nada más grande —un libro, por ejemplo— se convierta en gran acontecimiento. Pero esa gracia no va a durarle mucho tiempo. A la larga, o se presenta con más sustancia, o va a quedarse en mera evanescencia. Estaba mucho mejor en su papel rosa de joven emperador o en el papel trágico de príncipe depuesto. Pero esta vez comparecía como epistemólogo del poder y de sus concupiscencias, y, en cuanto abre esas alas, se le ve mucho vacío epistémico en el cerebelo. El libro, en sí, poca cosa: constata un «con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho». O sea, el sistema: un magma nebuloso y oscuro que llena todos los entresijos, todos los intersticios y todos los cenáculos. Descubrir a estas alturas, con las playas del mundo llenas de la espuma Fukuyama, que aquí hay un grupo de personas, intereses, poderes, instituciones, concomitancias muy entrelazados y celosos de

su casta es muy poca caza para tan pretencioso intento epistemológico. De alguien que regresa del más allá se esperan descripciones más sobrecogedoras de lo que pasa en el infierno. Y de alguien que ha visto el sistema por dentro se esperan descripciones detalladas del juego de ambiciones, trampas, mentiras, transgresiones, manipulaciones, odios y aniquilaciones de ese Sanedrín de demonios. Lo único que ha hecho hasta ahora el gran galán ha sido cultivar, estudiadamente, el flujo ambiguo de las expectativas: se dedica, desde hace casi un año, al banal ejercicio del amago —verbal, económico, político y jurídico—. Y de ahí no pasa. Este espectador de barrera, que ha tenido el privilegio de ver a los príncipes del mundo por dentro, no acaba de atreverse a dar más pasos, quizá porque le parece preferible quedarse en los melifluidos planos de lo abstracto, donde todos los gatos son pardos. Para lo otro, ya tiene a sus ventrílocuos: que ya contarán dentro de poco lo que él ha silenciado. Tiene uno ya escrito que cada pelo de esa gominia es una bala y que cada uno de esos pelos lleva grabado, por el interior de su superficie plateada, el nombre de aquél al que va destinada. Estas seudobiografías no son más que instrumentos de equilibrio en la guerra fría de ciertos hombres: son libros-anuncio que se escriben para que ciertas instancias o gentes no olviden que el chico tiene un arsenal en casa y para que no le acorralen en exceso.